

## EPILOGO PARA UNA GUERRA INCIVIL

## EPÍLOGO PARA UNA GUERRA CIVIL

*La guerra civil española es, posiblemente, el hecho contemporáneo que ha generado una más abundante bibliografía, junto con la Revolución francesa. La participación en la guerra de notables intelectuales a través de las Brigadas Internacionales o como corresponsales de prensa, así como el halo de "última guerra romántica" de cara al exterior, ha provocado un aluvión bibliográfico más allá de nuestras fronteras, acrecentado por la publicística del franquismo en el interior y las aportaciones de los españoles del exilio. No obstante, la mayor parte de los libros publicados sobre el tema carecen del mínimo rigor científico. Son narraciones pasionales, atravesadas por intereses partidistas o justificaciones personales. Una historia ideologizada, en fin, que ha posibilitado la mistificación existente en torno a la contienda fratricida. Esperamos que la conmemoración del 50 aniversario sirva para iniciar, ya con perspectiva, el estudio riguroso y desapasionado de la misma, y en el que los datos contrastados reemplacen a las opiniones personales o a los juicios de valor. Que, al mismo tiempo, esa historia, como ha escrito Vázquez Montalván, "consERVE un cierto sentido de la orientación moral".*

Durante cuarenta años el régimen franquista se encargó de recordar puntualmente a los españoles la Victoria —con mayúsculas— sobre la *chusma roja* en la llamada *Guerra de Liberación* —también conocida como la *Cruzada española*— y potenció el culto a la personalidad en la figura de Franco con epítetos que, en muchos casos, eran modélicos por su irracionalidad. Simultáneamente, se crearon una serie de mitos —explicar la sublevación como un acto preventivo frente a la conspiración bolchevique, el bombardeo de Guernica por los republicanos, las matanzas sistemáticas de gentes de la derecha, etc.— tendentes a justificar no sólo la sublevación contra la legalidad republicana, sino también el régimen posterior surgido del golpe de Estado fallido del 18 de julio (mitos que, por otra parte, la historiografía más rigurosa se ha encargado de demostrar con pruebas irrefutables). En la tarea de tergiversación de la historia participaron cuantos *intelectuales* publicaron sobre el tema durante el franquismo en España, sometidos a los aparatos ideológicos del régimen autocrático. El férreo control sobre los *mass media* impedía cualquier clase de disidencia pública.

Al margen de una serie de escritores próximos al fanatismo más intransigente (Luis de Galisonga, por ejemplo) y los reducidos ideólogos del fascismo hispano (Giménez Caballero) —además de los inevitables turiferarios menores en busca de la prebenda correspondiente—, toda una legión de *historiadores*, profesores y catedráticos trataron de mantener durante el régimen anterior la ceremonia de la confusión con el fin de proporcionar *legitimidad histórica* a un Estado que se había impuesto *manu militari* y que conculcaba los derechos y las libertades de los ciudadanos. La lectura del texto de Herbert R. Southworth titulado *El mito de la Cruzada de Franco* (París, Ruedo Ibérico, 1963; editado recientemente en España por Plaza y Janés) puede resultar ejemplar para conocer las actitudes de esos *profesionales*. En sus páginas se disecciona meticulosamente toda esa campaña propagandística, aparte de poner de manifiesto la ignorancia y la escasa talla intelectual de *reputados* catedráticos franquistas.

La muerte de Franco y el proceso democrático subsiguiente significaron un impulso en los estudios sobre el último periodo de la historia de España, así como la irrupción en las librerías españolas de algunas de las síntesis globales de mayor predicamento en el extranjero (Thomas, Jackson, Broué y Témine, etc.). Paralelamente, se fueron delineando dos tendencias en los estudios sobre la guerra y el franquismo, aparte de la *tradicional* que seguía hagiografiando el periodo anterior. Esos dos grupos citados podrían cifrarse en la *nueva historiografía* sobre los *nuevos* y los *tradicionales*. La *nueva historiografía*, todavía en sus albores, sería el fruto de las investigaciones de jóvenes historiadores con una gran preparación científica y que ni vivieron la guerra ni, en muchos casos, padecieron las secuelas de la posguerra. El eje de su discurso radica en explicar lo ocurrido apoyándose en bases documentales sólidas y privilegiando los estudios provinciales o regionales.

La tendencia *tercerista* está íntimamente ligada a la naturaleza de la transición política en España, dominada en un principio por el dilema reforma/ruptura. La opción reformista incluyó que el

franquismo siguiera instalado en los órganos decisivos del poder, tanto en la burocracia de élite como en los partidos políticos. El hecho, modélico desde un punto de vista político, incluso ciudadano, ha repercutido negativamente sobre los estudios históricos y que, por ejemplo, se ha concretado en silenciar el pasado de los protagonistas políticos actuales; pacto que resulta, sencillamente, una aberración, un intento —otro más— de escamotear a los españoles el derecho a conocer el pasado más inmediato. Los *terceristas* recogerían esta opinión política, y así aparecen como representantes de una historia pretendidamente objetiva, cuyas líneas maestras se pueden resumir en un intento de reforzar los aspectos más positivos del franquismo sin cuestionar, por supuesto, los aspectos centrales del proyecto y de la práctica política republicana. Más que un intento de conocer realmente lo ocurrido, los *terceristas* tratarían de *equilibrar* la balanza y repartir responsabilidades al cincuenta por ciento entre los dos bandos. Historiadores como los ingleses Preston y Carr y el español Fusi serían los abanderados de esta tendencia.

El 50 aniversario de la guerra civil está poniendo de manifiesto lo reseñado anteriormente. Al silencio oficial y a la ausencia de actos conmemorativos institucionales se añaden algunas publicaciones supuestamente asépticas y una consigna: olvidar. Quienes durante ocho lustros controlaron sin cortapisas los medios de comunicación e impusieron gracias a ello su versión de los hechos rechazan ahora cualquier intento de acercarse a la guerra desde posiciones más rigurosas, estigmatizando con epítetos como *revanchismo* o *ajuste de cuentas*. Habría que recordar que, como escribió George Santayana, “el pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla”. Por eso frente a los *tradicionales*, *terceristas* y, sobre todo, frente a aquellos que dieron su versión manipulada y ahora piden silencio, es necesario que la *nueva historia* sobre la guerra prosiga en sus análisis de la misma. Sólo de ese modo será posible que la historia regrese a su espacio natural, al margen de interferencias políticas y pasiones personales, y sea explicada por los historiadores sin adjetivos. Que la historia no sirva para justificar esta o aquella ideología o determinados hechos, sino para que los españoles comprendan su presente gracias al conocimiento de su historia.

Por nuestra parte, creemos que con este trabajo de divulgación sobre el devenir republicano en la provincia, la guerra y las consecuencias de la misma, hemos contribuido al conocimiento riguroso y desapasionado de parte del último siglo en León. Porque pensamos que conocer sin tergiversaciones la historia es un derecho inalienable de todos los españoles, incluidos los leoneses.